

La tierra, el mar y la Muerte

Aunque siempre había dicho que quería esa sonata de Scarlatti el día de su muerte, nunca siquiera insinuó que pudiera ser yo quien la tocara. Su instinto le impedía comprometerme a lo que él suponía podría estar fuera de mis posibilidades de estado de ánimo. Se piensa, a veces, y se especula, sobre lo que será para uno el instante final y de qué manera sobrevendrá aunque resulte imposible racionalizarlo, y él, como el viejo Uvieta del cuento de Carmen Lyra, había convenido en innumerables ocasiones con la Muerte, posponer el asunto a su conveniencia y no volver a darle importancia alguna. Por otra parte, la vida le ofrecía a cada instante motivos para disfrutarla, motivos que aprovechó para codificar una distribución tan sin complicaciones que en el goce sencillo de las cosas logró descubrir el equilibrio y una muy singular sabiduría de vivir. Nada le parecía extraño ni nada le inmutaba. Cultivando su libertad aprendió a no conocer dependencias que ensombrecieran la ruta que se había impuesto, de tal manera que los oscuros fantasmas de la angustia se mantenían a distancia, convencidos de que él, caminante, quería luz sobre su paso y poseía además el poder



Guido Sáenz

para disolverlos si se interponían.

Un día tocó la tierra y se maravilló. Había descubierto que en su contacto con ella, parte de lo noble del hombre logra avivarse. Creó cosas con la tierra, las purificó con el fuego y él mismo se asombró. Luego la madera le concedió medios de expresión para que se satisficiera y las gubias se le entregaron sumisas tallando el corazón del árbol. Y siguió deslumbrándose con las cosas que podía hacer que eran muchas y cada vez más y esto le dio contento. Y su felicidad era tan suficiente como para prodigarse y compartirla y esta era su señal.

Finalmente se encontró con el mar. Y el mar confabuló con él para escapársele a la Muerte. El mar, las gaviotas, las islas y los peces. Entonces se escondió sonriendo en el mar porque sabía que en el mar no

lo encontraba la Muerte. Era como la mata de uva del viejo Uvieta. Con los años sintió que el mar era como suyo porque el mar le contaba sus secretos y él los suyos al mar. Y le estaba agradecido.

Un día no pudo volver al mar y el mar se resignó a quedarse sin él y las gaviotas lo comprendieron así y las islas y los peces.

Quería estar solo, pensando en su mar. Se tornó silencioso.

Casi no nos hablaba de la vida, a nosotros los de tierra adentro que estábamos con él, pero tampoco nos hablaba de la Muerte. Y, como Uvieta, se fue durmiendo poco a poco, apagándose hasta que rendido, lo alcanzó la Muerte.

Quise que estuviera solo, sereno, sin la angustia del llanto a su alrededor, ni las lamentaciones, ni las frases hechas, ni la usual tramoya pomposa sin verdad. Sólo nosotros con él. Y dos cirios y una corta bendición y el órgano de la iglesia abierto para subir yo a cumplirle su antiguo deseo.

Desde el coro y con la calma que él me enseñó di comienzo a la sonata de Scarlatti.

A! concluirle me sentí bien. Con la música habíamos conversado una vez más y la última él y yo.